



CAPITULO PRIMERO.

La partida—Viaje—Llega la á Veracruz—El Sr. Cura Juan Pujades—Llegada del Ilmo. Sr. Visitador Apostólico—Embarque—¡Adiós á la Patria!—Llegada á Progreso—El caballero Luis Mazzantini—Caza de tiburones—Cátedras de italiano—Llegada á la Habana—El Ilmo Sr. Obispo—El P. D. Julio Hernández de la Beneficencia—Hermanitas de la Beneficencia—Llegada á Puerto Rico—El Sr. Cura Díaz Torres.

EL veinte y dos de Enero á las siete de la mañana gran movimiento notábase en la estación del Ferrocarril de Veracruz situada en Buenavista. La mayor parte de los peregrinos iban ya á marchar para la Ciudad Eterna, pues siendo domingo el siguiente día, habría algunas dificultades por tener que cumplir con el precepto eclesiástico de la Santa Misa. Pudimos allí luego estrechar la mano y cono-

cer á algunos de nuestros compañeros, tales como los Sres. Canónigos D. Florencio Rosas, Antonio Gordillo y Pedro Romero, el primero de Querétaro y los otros dos de Guadalajara. A los Sres. Presbíteros, Delgado de Zacatecas; Vera, Maciel y Luque de Querétaro; Cárdenas, González, Hueso y Romo de Guadalajara y á los Sres. Luque y Hernández hijos también de la ciudad de Querétaro.

A esta misma hora, es decir á las siete, el silbido de la locomotora avisaba era llegado el momento de partir, y sin poder siquiera tener valor de dar un último abrazo á nuestros parientes y amigos ahogamos en el silencio nuestra honda pena y resolvimos á alejarnos de estos seres queridos, tal vez para siempre. Así es que en movimiento púsose el tren y fija nuestra mirada mientras dable nos era en la estación, dimos desde lejos un último saludo y perdimos de vista á nuestros objetos siempre queridos. Con felicidad y alegres pasamos ya el resto del día, no obstante que algunas veces se renovaba la pena que nos causaba el triste pensamiento de que á abandonar íbamos nuestra cara patria; que extranjeros

nos llamarían dentro de poco y tal vez no volveríamos á ver el suelo bendito que nos vió nacer.

En estas continuas alternativas pudimos á las seis y cinco minutos de la tarde, obscuro ya por cierto, llegar á la heroica ciudad de Veracruz anunciándolo con anticipación el silbido de la locomotora. Todos alegres nos disponíamos á bajar llevando consigo los equipajes para buscar nuestro alojamiento. Cinco minutos después en el andén nos encontrábamos los peregrinos tomando distintas direcciones según el rumbo por donde situado estuviera el hotel que cada uno había elegido. Algunos llegamos al de América, el que frente al muelle y á la Aduana se encuentra, donde por catorce reales diarios nos porporcionaron alojamiento y alimentos. Como ya era noche dispusimos bajar luego al comedor y, dicho sea en obsequio de la verdad, los señores propietarios se empeñaron en dejar complacidos á sus huéspedes.

A las nueve de la noche fuimos á descansar, divisando allá á lo lejos la tétrica lucecita del vapor "Méjico" que ya nos esperaba para darnos alojamiento, arrebatarnos

de nuestra idolatrada patria y conducirnos á lejanas y desconocidas tierras.

Así pues, con estas melancólicas y tristes reflexiones nos entregamos al descanso hasta el siguiente día veinte y tres, domingo por cierto, en el que á buena hora nos levantamos y hacia la Iglesia Parroquial nos dirigimos, unos con el fin de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y los seglares para oírla. Allí nos encontramos con un venerable anciano que lleva por nombre Juan Pujades, digno señor cura de Veraacruz, el que siempre está lleno de bondad y á todos trata con comedimiento y afabilidad.

Al saber que éramos peregrinos, mandó en el acto disponer todo lo necesario, para obsequiar nuestros deseos, y sin dificultades ni obstáculos pudimos todos verificarlo, cantando el Padre Hueso la misa parroquial á las nueve.

En la tarde fuimos á la playa, paseo favorito de los veraacruzanos, y allí vimos al Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán D. Ignacio Areiga, quien á despedir había ido al Sr. Canónigo D. Francisco Nieto y al Sr. Pro-Secretario de aquella Sagrada Mitra D. José Luna Menocal, los que aprovecha-

ban la oportunidad de la peregrinación para presentar en Roma el Concilio Provincial y agenciar su aprobación.

Pues bien, dando vueltas y más vueltas, en un momento comenózose á mover la multitud y con la curiosidad propia de semejantes casos fuimos á ver que pasaba y descubrimos á un pobre joven, que marinero parecía, luchando horriblemente con la muerte, pues excitado por el alcohol habíase arrojado al mar. En esos mismos instantes otro joven, héroe sí, siguió en pos de él procurando libertar al que desesperado no temía el peligro y próximo á perecer estaba. En fin, después de algún rato de lucha y de no pocas dificultades logróse ponerlo en un botecito y lo condujeron al Castillo de S. Juan de Ulúa, donde ignoramos *el premio* que á su buena conducta darían.

A las seis y cinco minutos el tren anunciaba la llegada de los demás peregrinos, y así fué en verdad. Poco tiempo había transecurrido y ya estaban en el andén el Ilmo. Sr. Visitador Apostólico acompañado de los respetables personajes D. Perfecto Amézquita y D. Filemón Fierro, Obispo el primero de Puebla de los Angeles y el se-

gundo de Tamaulipas. Venían también con ellos el resto de la peregrinación que se componía de los Sres. Presbíteros Francisco López y Francisco Calderón de Puebla; el Sr. Fernando Torres, Canónigo de Tulancingo y el Sr. Cura D. Rafael Vilchis y Vilchis de México, retirándose luego todos á su respectivo alojamiento.

El lunes 24 notábase gran movimiento en el muelle, los dueños de los botes proporcionándose pasajeros y nosotros á la vez buscando con quien arreglarnos. Con cincuenta centavos por persona pudimos hacernos conducir al vapor acompañados de nuestros respectivos equipajes y presentando el boleto al señor Sobrecargo fuimos conducidos por los del servicio á los camarotes que nos designaban tocándome el señalado con el número noventa. No permitían la entrada más que á los pasajeros que debían embarcarse. Todo esto tenía lugar á las nueve de la mañana, hora misma en que el Sr. Visitador Apostólico acompañado de los Ilmos. Sres. Obispos se presentaba, así como el Sr. Bustos uno de los principales organizadores de la peregrinación.

A la noticia de la llegada de tan altos



Exmo. Sr. Visitador Apostólico D. Nicolás Averardi.

personajes, nos detuvimos en la sala de conversación, y allí besamos el anillo pastoral al Excmo. Sr. Averardi quien nos dió luego la bendición marchándose en seguida con el Sr. D. Vicente de P. Bustos, pues estaba anunciada la partida para las once.

A las diez escuchábase el sonido de la campana que nos llamaba á comer, pues dicho sea de una vez que, en los vapores españoles de seis y media á ocho de la mañana, se pueden desayunar los señores pasajeros. Se almuerza á las diez; á la una refresco; comida á las cinco y por último á las nueve de la noche se toma té. Estas son las horas en que se alimenta el cuerpo, ahora vamos á ver las del alma. A las siete, misa por el Padre Capellán, celebrando después los Ilustrísimos señores Obispos, y á las siete se rezaba el Santo Rosario presidiendo el Sr. Amézquita.

Una vez en el comedor nos fué colocando el Sr. Sobrecargo, autoridad segunda en una embarcación en nuestros respectivos asientos, presentándose en seguida el muy amable Sr. Capitán José Oyavirde, sentándonos luego todos. Acto continuo, de riguroso uniforme y guante blanco, se dejaron

ver los sirvientes, quienes activos en todo, serviciales y educados nos servían los alimentos y dignos se hacían de toda consideración, así como de sus galitas que hay costumbre de darles de cuando en cuando.

Imposible es trasladar al papel lo que en momentos angustiosos sentíamos. Por una parte el vehemente deseo que como católicos sentíamos de visitar esos lugares benditos, de tantos recuerdos para el creyente y de tanto consuelo para el pecador; y por otra el considerar que íbamos á abandonar nuestra cara patria, á navegar en medio de de esos anchurosos y profundos mares, á entregarnos á merced de las encrespadas olas, á perecer tal vez, nos ponían en una situación muy atroz por cierto.

Mas la fe todo lo vence y con la esperanza todo se alcanza. Dieron la una y media en el meridiano de Veraacruz, y los movimientos todos y el haber levantado las escalas, y las órdenes del capitán anunciaban que íbamos ya á abandonar nuestro rico y hermoso suelo. ¡ Oh sí, entonces y sólo entonces sabe uno apreciar la madre patria!

Levantaron el ancla y á virar comenzó nuestro majestuoso vapor "Méjico" toman-

do el rumbo para el Oriente. Todos sobre cubierta contemplábamos la majestad imponente del mar y la sabiduría y atrevimiento del hombre, al entregarse á merced de las olas, y así poder recorrer ambos mundos. En éstas ó aquellas reflexiones, fuimos apartando y perdiendo de vista la heroica ciudad de Veraacruz y á las dos y media todo había desaparecido, no teniendo ya más horizonte que el inmenso mar.

En el momento de partir invocamos el auxilio de nuestra tiernísima Madre María cantando en coro el precioso himno Ave Maris Stella, Dios te salve, Estrella del Mar, que el Ilmo. Sr. Amézquita, dejándose ver en el semblante de todos la fe y devoción de que estábamos felizmente poseídos. Después rezamos el Itinerarium Clericorum; cantáronse en seguida varios himnos á Nuestra Madre Santísima de Guadalupe y un poco el alma renació.

Pasada aquella primera impresión bajamos á buscar nuestros camarotes, pues es fácil de perderse como sucedió al Señor Cura Manuel González de Guadalajara, que á todos preguntaba y nadie le daba razón, pues ignorábamos el número, y á él se le

había olvidado. Pon fin con el auxilio del camarista logró encontrarlo.

Las Sritas Cipriana y Carmen Orendáin, desde este primer día comenzaron á ser víctimas del mareo.

Conocida es la bravura de nuestro respetable golfo de Méjico, y por lo mismo no debe extrañar que el 25, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, todos estuviesen lamentándose de la mareada. El comedor estuvo desierto todo el día, y los camaristas con mucha caridad las cuidaban y limpiaban los lugares donde el vómito se presentaba, pues es muy des-cortés y no avisa.

Una cosa muy curiosa aconteció al Sr. Canónigo Antonio Gordillo. Estando en el jardín, vino cuando menos se lo esperaba, una ola que se introdujo por la ventanilla, y se dió un baño de ducha. Con la sorpresa, y después con la risa que tales actos producen, se fué á poner ropa. También el Sr. Cura Manuel González se amedrentó tanto por el vaivén tan terrible que tuvimos este día que se descompuso del estómago y le causó alguna diarrea.

Sólo el Sr. Canónigo Torres, la Srita.

Natalia Grimaldo y yo, nos vimos libres del terrible mareo.

A las cinco de la mañana del miércoles 26 nos encontrábamos en las bahías del puerto mejicano Progreso, mas sin poder anelar por no presentarse el práctico, el que no se dejó esperar mucho y á las 7 y media el inspector de sanidad se encontraba en medio de nosotros, y luego anelamos, pues debe advertirse que en ningún puerto se puede anelar si antes no viene el práctico que introduzca el vapor y el inspector de sanidad que certifique que están sanos tanto los pasajeros como la tripulación.

A las ocho y media en el vaporeito "Morán", se presentó el Sr. Vicario Capitalar sede vacante Don Norberto Domínguez, acompañado del Sr. Cura Villegas, quienes cordialmente saludaron á los señores Obispos, retirándose luego á las nueve y media.

De Veraacruz al puerto de Progreso hay 410 millas y cada tres millas equivale á una legua mejicana.

Durante nuestra permanencia en la bahía de Progreso, como nadie desembarcó por ser tan limitado el tiempo se entretuvieron algunos, entre ellos el caballero Luis

Mazzantini, en dirigir algunos proyectiles á unos tiburones que con frecuencia se dejaban ver, asegurando que alguno había sido herido.

El entusiasta, fino, amable y caritativo Sr. Obispo Fierro llevaba consigo un manual de conversación italiano y rodeado de algunos peregrinos, empezaron á aprender alguna cosa y así algo se aventajó.

A las diez comimos, y tan sólo esperábamos la orden del consignatario para poder partir, la que fué recibida á las tres y tres minutos poniéndose luego en movimiento nuestro hermoso vapor "Méjico," no sin antes haber levantado las anclas y tomando el rumbo que hacia la Habana conduce.

Presentóse luego la ocasión de poder trabar conversación con el Sr. Mazzantini, y admiramos su educación y comedimiento, lamentándose con frecuencia de no poder estar en Madrid á nuestra llegada para recibirnos como deseaba. Agradecidos quedamos todos con tan finos y nobles sentimientos.

El jueves 27 pasó todo sin novedad, y el viernes 28 muy temprano divisamos el fuerte de la Habana; á las siete se presentó el

práctico y á las siete y media el inspector de sanidad.

Con gran entusiasmo buscábamos todos el aviso que se acostumbra poner para notificar á todos la hora de la partida, y el cual nos advertía que á las tres de la tarde del siguiente día seguiríamos nuestro dilatado pero alegre viaje. Luego desembarcamos todos, pagando una peseta española por el asiento en el botecito. En el hotel del ancla nos hospedamos pagando siete pesetas por asistencia y cama. En el acto mismo, nos dirigimos á buscar el Palacio Episcopal á fin de solicitar el pase á nuestras licencias. No pasaba media hora cuando nos encontrábamos con el amable Padre Julio que en el acto nos introdujo á la sala del señor Obispo.

Sin demora alguna, se presentó el Respectable y fino Sr. Manuel Santander digno Obispo de aquella diócesi. Después de algún momento de conversación, ordenó nos despacharan como lo solicitábamos, saliendo de ahí sumamente complacidos. Desde estas lines enviamos nuestros votos de gratitud, el Padre Modesto Basurto, Rafael Vilchis y yo, á este Venerable Prelado y

hacemos presente nuestra imperecedera gratitud.

Nos indicó fuésemos á visitar á las hermanitas de los pobres, y ahí el padre capellán nos daría algunos informes de la tierra santa, pues hacía tres meses había venido. No logramos encontrarle; sólo sí vimos y admiramos la abnegación de esos ángeles de la tierra, que con tanto cuidado velan por más de cien ancianos de ambos sexos, que inválidos han llamado á sus puertas. Catorce hermanitas se encuentran reunidas en esta casa de caridad, siendo su fundador el señor Magistral de la Catedral de Huesca y la superiora María Encarnación de Santa Teresa. Después de visitar las diversas oficinas y admirar su orden y limpieza, nos despedimos de la que nos acompañó y fuimos á nuestro hospedaje.

La Habana es un puerto comercial de mucha importancia; se nota gran movimiento y mucha agitación.

Abundan los negros excediendo á la raza blanca. De la plazuela de la Luz parten los coches ó *huahuas*, como allí les llaman, para distintos puntos de la Ciudad, como el Cerro, el Príncipe, Jesús del Monte, etc.

pagando por asiento cinco céntimos en la ciudad, y diez fuera de ella.

El sábado 29 celebramos en Belem, la mayor parte de los peregrinos, Iglesia de los Padres Jesuitas, muy aseada y de mucho culto en la Habana. Tomamos después un coche y nos fuimos al Vedado, paseo favorito de los habaneros y entonces pudimos admirar las fortalezas con que está defendido este interesante puerto.

Como estaba anunciado tendríamos que trasbordarnos á otro vapor de la misma compañía que habían compuesto en el astillero de este puerto y que se llamaba Buenos Aires. A las cinco de la tarde casi todos los peregrinos nos dirigimos á él, para reconocer nuestros equipajes y saber el número que nos tocaba. En un cuarto de hora estábamos ya á bordo y luego nos encontramos con el Sr. José Gran, Capitán de este hermoso buque, fino como todos, pues dicho sea de una vez y en obsequio de la verdad, toda la tripulación de los distintos vapores españoles es muy educada, servicial, fina y atenta.

Nos dijeron que el camarote núm. 90 era el nuestro y allí encontramos todo en perfec-

to orden, y un camarista llamado Manuel, que nos adivinaba el pensamiento. El Padre Manuel González, el Padre Jesús Delgado, mi tío Modesto y yo fuimos compañeros en esta pequeña vivienda. A poco comenzaron á llegar los soldados españoles que enfermos é inválidos volvían á la madre patria, siendo un total de 930. ¡Oh qué carácter el de los hijos de Castilla! ¡Alegres siempre, aunque demacrados y casi sin vida, cantaban entusiastas y jugaban á la lotería.

Divertidos pasábamos nuestros ratos viendo á estos seres infelices que volvían muchos de ellos sin poder ser útiles más ni á su familia ni á la sociedad, pero jugaban y de nada se daban cuenta gritando con frecuencia *ya cayó*, señal de que había alguno ganado en la lotería.

A las 8 de la mañana del domingo 30 todos nos encontrábamos sobre cubierta para oír la misa que celebró el Padre Capellán en un altar portátil, y para que todos los pasajeros y tripulación pudiesen cumplir con este precepto pusieron en este lugar á la hora de la consagración y de la bendición el clarín que, con el toque marcial, á todos anunciaba la augusta ceremonia que se estaba ve-

rificando. De cada lado del altar poníase un marinero bien limpio con una linterna en la mano.

A las once varias señoritas decentes que portaban una cruz roja en el brazo derecho y que se denominan de la "Sociedad de Malta," se presentaron al vapor llevando consigo una gran cantidad de ropa blanca y uniformes. A poco todos los soldados formaron en cubierta y de uno en uno fueron presentándose según los iban llamando, entregándoles todo lo necesario para que pudiesen vestirse. Camisa, calzoncillos, pantalón, polainas, chaquetín y cachucha ¡Oh qué gusto ocasionó esta generosidad á los pobres soldados! Llenos de entusiasmo al mar arrojaban los sombreros viejos, camisas y todo lo inservible; ¡oh, cuántos naufragos hubo en este día memorable!

A las 4. 56 de la tarde todo estaba dispuesto para la partida y el eco del cañón avisó que iba á partir; púsose sin dilación en movimiento y á pocos momentos perdimos de vista la tierra, con la esperanza de que muy pronto volveríamos á verla.

En los días 31 de Enero y primero de Febrero, nada notable hubo. El miércoles

dos, fiesta de la Presentación ó la Candelaria á las ocho de la mañana se volvió á celebrar la misa sobre cubierta por el Padre Capellán, asistiendo todos, pues el señor Capitán es el primero en asistir ordenando á toda la tripulación siga su ejemplo, pues ya puede componerse el que por descuido ó flojera no se presente.

Alfombran muy bien el lugar donde se ha de celebrar, ponen unas bancas y reina el mayor orden y reverencia. A las tres y media divisamos á lo lejos las islas Baleares y faltando cinco minutos para las siete de la noche descubrimos la simpática población de Puerto Rico. Siendo ya una hora poco avanzada no venía el práctico y sin éste no podíamos anclar.

Pasado algún tiempo arrojaron unos cohetes; y nada. Hubo después algunos disparos; y todo en paz. El práctico, sabe Dios donde estaría. Hieren el aire unos cohetes de luz, unas luces de bengala iluminan todo aquello, y todos con impaciencia esperando al señor práctico; y el señor práctico haciéndose sordo. Pues no hubo remedio, andar y más andar, vueltas y más vueltas: esperar el día siguiente era lo único que se podía

hacer. Toda la noche estuvo sin parar el vapor rondando á los Portorriqueños, y estuvimos velándolos durante 12 horas. El jueves 3, á las seis y media, con mucha majestad se presentó el señor práctico y luego la Santidad pudiendo anclar á las siete, y luego bajar á tierra.

Por una peseta española pudimos ir y volver, advirtiendo que para evitar abusos se paga cuando se regresa; por supuesto que cuando se hace el trato se procura lo oigan ó presencien algunos, porque con la mayor sangre fría y con el mayor cinismo del mundo cobran después el doble y aun más alegando que ésa es la cantidad convenida; esto es casi en todos los puertos. Puerto Rico es una población muy simpática situada en la falda de unos cerros, lo cual hace sea de una perspectiva deliciosa mirada desde el vapor.

Sus edificios casi todos de tres ó cuatro pisos; pintados de colores muy alegres y en perfecta armonía, le dan una vista encantadora. Tiene 20,000 habitantes, de carácter alegre y hospitalario, muy limpios por cierto, corteses y amables. Sus calles bien formadas, con algún declive, están

siempre muy aseadas. Tiene su Catedral de tres naves, muy espaciosa y de sólida y hermosa construcción. Tienen unas reliquias de San Pío mártir que fué soldado y originario de la población, al cual profesan mucha devoción y le tienen mucha confianza. Visitamos las Iglesias de Santa Ana y señor San José.

Después en un botecito, abrasándonos de calor y sudando á mares, fuimos á un hermoso pueblecito situado á la orilla del mar, llamado Catano y dirigiéndonos á la Parroquia nos encontramos con que, debido al descuido ó á no sé qué, es muy humilde, de madera sus cuatro paredes, y que ahora ya algo se va componiendo. ¡Qué humilde es nuestro Dios que, aun en estos modestos tugurios, descansa y pone su morada para acompañar á los pobres hombres. En frente se encuentra la casa habitación del fino y caballeroso señor Cura José Díaz Torres, quien luego nos abrió las puertas y viéndonos tan fatigados nos obsequió con unos refrescos. Nos colmó de inmerecidas atenciones y nos encaminó hasta donde el bote nos esperaba para llevarnos á encerrar de nuevo en nuestros buenos aires. Un abrazo muy frater-

nal fué la despedida y ofrecerle nuestros humildes servicios. Le abandonamos y tal vez para siempre.

Faltábame hacer mención de un jovencito de catorce años llamado José Ruperto Vázquez, de un genio alegre, *propio del país*, vivo y muy perspicaz, quien al buscar tinta y papel para escribir á nuestras familias, nos ofreció sus servicios acompañándonos todo el día, dejándonos sumamente complacidos, porque á su viveza unía el respeto y se descubría su inocencia.

Ya en el vapor, á las cuatro de la tarde, según nos habían anunciado, esperábamos la salida cuando hubo contraorden y hasta el siguiente día no tendría lugar. La distancia recorrida de este puerto á la Habana es de novecientas ochenta millas y de éste á Progreso, cuatrocientas diez y siete.

El viernes 4 á las seis y media de la mañana un disparo de los cañones que porta el vapor, anunciaba á todos que abandonábamos el hermoso Puerto Rico, abrigando un serio temor de que más tarde se apoderasen de él los Americanos, tal como por desgracia aconteció. A los pocos minutos nos habíamos separado de tal manera que

ya nada de tierra se veía y nos encontrá-
mos en alta mar. Mucho movimiento ó ba-
lanceo se dejó sentir y por consiguiente
muchos eran los mareados. El pensamiento
de que doce días deberíamos pasar para ver
tierra, nos hizo entristecer un poco; mas
luego nos llenamos de fe y nos alentamos
resignándonos en todo á la voluntad del
que gobierna á los vientos, calma las tem-
pestades y proporeiona el consuelo.



CAPITULO SEGUNDO.

Mareos.—Misa sobre cubierta.—Buque de vela.—
Ave Maris Stella.—Entierro de un soldado.—El
Ilustrísimo Sr. Fierro enfermo.—Sermón del Ilus-
trísimo Sr. Amézquita.—Hallazgo de la piedra del
anillo del Sr. Obispo de Puebla.—Fumigación de
la ropa de los soldados.—El cabo de S. Vicente.
—Multitud de náufragos á la vista ¡horror!

TODOS los días á las doce anuncian
las millas que se han recorrido, lo
cual es de gran satisfacción para
el pobre navegante. Era digno de verse á
los pasajeros todos los días á estas horas
llenos de gran ansiedad esperar la noticia
tan deseada. Por fin dieron las doce y se-
senta y nueve millas habíanse recorrido.

El sábado 5 amaneció el mar muy tran-
quilo y apacible, siendo muy grato en tal
estado estar en su seno. Recorriéronse